

Alberto Asensio

El funeral, el verdugo y José Luis

El funeral

A través de la ventana, R. mira hacia la calle. A su espalda, una urna llena de ceniza, gente conversando, José Luis atusándose el bigote en el regazo de una señora.

—¿Eres el sobrino? Te acompaño en el sentimiento, R.

—Gracias.

—No somos nadie.

—Gracias.

De vez en cuando llega algún pésame virtual rezagado y lo atiende con educación, pero hace tiempo que R. está ausente y solo espera que llegue la hora para dar por cerrado el trámite de la despedida de la tía abuela Margarita.

Llegó hace unos días al *resort* de paliativos. Llevaba años sin volver a España y había viajado expresamente para hacerse cargo de la custodia legal de Margarita Guevara, de quien es el único descendiente directo.

No conoce a casi nadie, pero siendo familiar directo puede permitirse el lujo de mantenerse al margen sin necesidad de socializar. Mira por la ventana con aire ausente. Solo desea acabar con el trámite en la casa mortuoria y que llegue el día de mañana para abrir el testamento.

Los más mayores no están por la labor de dejar que el encuentro acabe tan rápido; han vivido ya demasiados velatorios y son conscientes de que cualquiera de ellos puede ser anfitrión en la próxima fiesta.

—Tenemos que juntarnos más, no puede ser que solo nos veamos en funerales” —dice alguien, y el resto asiente. Cada uno tiene su vida, su familia, algunos están lejos, otros ocupados, o achacosos. En el fondo saben que nada, salvo una esquela, conseguirá juntarles, así que se limitan a disfrutar del momento y compartir recuerdos, anécdotas, porfiando sobre batallitas lejanas.

—¡Qué nos van a decir a nosotros, que acampamos en la puerta del Sol!

R. escucha de fondo a la pandilla de su tía abuela contando historias y de vez en cuando le viene algún recuerdo a la memoria.

—No solo organizábamos Asambleas en la Puerta del Sol, también nos organizábamos asambleas en los barrios. Yo estaba en la de Chamberí, nos reuníamos todas las semanas para arreglar el mundo. Me acuerdo de cuando invitamos a aquel escritor, en Olavide, estaba abarrotada la plaza...

R. no recordaba el nombre de aquel personaje que tanto admiraba su tía, aunque había oído muchas veces las mismas anécdotas. Sabía por pixeladas fotos históricas que las amigas y amigos de Margarita exageraban.

Nunca se llevó bien con su tía, pero siempre había guardado la compostura. No le importaba fingir por última vez en su funeral.

—¡R.! ¿Seguro que no quieres un bombón? ¡Nos los vamos a acabar!

—No, muchas gracias, de verdad, no puedo— dijo señalándose el chip epidérmico y bajando la voz de forma inconsciente. Se había excedido varias veces esa semana y podía subirle la cuota del seguro médico si volvía a pasarse con la glucosa.

Los mayores se rieron y volvieron a lo suyo. Lo mejor de hacerse mayor es ese punto en el que dejas de preocuparte “por llegar a viejo”, bromeaban. Ellos, que se habían retirado con una posición económica desahogada, podían permitirse una tarifa plana y vivir sus últimos años sin preocuparse por las broncas y chantaje del seguro

de salud: “¿Quieres fumar? ¿drogarte? Zampa todos los bollos que puedas tragar. Con un poco de suerte quizás acortemos un poco los años de tu jubilación”.

A R. se le estaba haciendo largo el último tramo del velatorio. Seguía ausente, mirando por la ventana para no tener que enfrentarse a la urna con las cenizas de Margarita. José Luis, que había cambiado de regazo, también le incomodaba. Tenía la sensación de que le observaba, quizás su instinto felino sabía algo y le juzgaba.

En la conversación sobre la difunta se alternaban entrañables referencias al amor tardío de Margarita por su gato, con recuerdos compartidos de los años jóvenes a principios de siglo. También se ensalzó su visión para los negocios, cómo con intuición supo invertir hasta amasar una fortuna, y cómo invirtió esa fortuna en algunas de las empresas más punteras en el campo de la biomedicina y la inteligencia artificial.

R. se sentía ajeno a la conversación en todos sus niveles. Apenas compartía recuerdos con los amigos de la tía abuela Margarita.

Para él era la tía soltera de un padre al que nunca había conocido. Aunque ella se hizo cargo de buena parte de los gastos de su crianza, la relación con la madre de R. siempre había sido distante: tensiones históricas y políticas de una polarización pasada que a R. no le interesaba, pero que había terminado heredando.

Esa era la familia disociada de R. Por un lado, una familia materna, estirada y venida a menos, que había emigrado a China para ganarse el pan. Por otra parte, huérfano de padre desde la cuna pero aspirante a heredero de una tía bohemia que, por avatares de las criptomonedas se había convertido en propietaria de una gran fortuna.

El verdugo

R. había llegado al *resort* unos días antes del funeral. El lento deterioro cognitivo de Margarita había traspasado un punto de no retorno, activando ciertos protocolos. En su condición de único descendiente directo, había decidido asumir el mando.

—No se sienta obligado a tomar ninguna decisión. Recuerde puede contar con el apoyo de un consejo ético para ayudarle; incluso puede delegar totalmente, mucha gente lo hace.

—Mi propia tía me pagó los estudios de ética. Llevo toda la vida preparándome para asumir los mandos del tranvía —contestó R.

El director calló y asintió sin torcer el gesto. Margarita era mucho más que una cliente del *resort*. Había sido su empleadora y también amiga, pero la decisión correspondía en última instancia a R., que además tenía todo a su favor para convertirse en heredero universal de la fortuna y, por lo tanto, su futuro jefe.

R. se acordó de su primer día estudiando ética aplicada en la Universidad de Konninsberg. Sin apenas explicación, se vio a los mandos de un tranvía en una simulación llena de realismo. Cuesta abajo y sin frenos, iba a atropellar a dos personas inmovilizadas. Solo tenía una palanca. Si tiraba de ella, la máquina se desviaría por una vía secundaria atropellando a otra persona.

—Si no haces nada, morirán dos personas. Si pulsas el botón, morirá solo una, habrás salvado una vida... pero te habrás convertido en asesino, porque fue tu mano la que condenó a muerte al infeliz que esperaba en la vía secundaria.

Esa simulación fue el primero de cientos de ejercicios donde R. se acostumbró a decidir sobre la vida y la muerte ajenas, decidiendo sobre todo tipo de escenarios cada vez más complejos y retorcidos

Años después, allí estaba R. acariciando la manivela, poco importaba que a la tía abuela Margarita pudiera quedarle aún un buen puñado de años de vida. Vida

demente y ausente, pero vida en un entorno donde su felicidad estaba casi garantizada.

El sobrino accionó el botón, como único descendiente directo, ejecutó la eutanasia activa dispuesto a marcharse con la herencia y olvidarse de Madrid, del tranvía y de su tía. Solo quedaban dos trámites: el paso por el tanatorio con el que hemos comenzado la narración y la apertura del testamento que describimos a continuación.

José Luis

R. fue el primero en llegar a la sala del notario. Después fueron entrando un puñado de testigos a los que había conocido la víspera en el tanatorio. El último en llegar fue el director del centro de paliativos, que traía en sus brazos a José Luis, el gato de su tía abuela.

El notario virtual activó el testamento holográfico y en el centro de la sala se proyectó la imagen casi palpable de Margarita.

Tras unas formalidades y verificar con todos los presentes que reconocían a la difunta en sus últimas voluntades, le dio al play y la tía continuó hablando con la mirada perdida:

—Queridos amigos, algunos de vosotros ya habéis compartido conmigo parte de mi vida y mi fortuna; nada os puedo dejar en este testamento que os vaya a hacer más felices. Así que he decidido dejar en herencia todos mis bienes al único ser querido que me ha acompañado en los últimos años de mi vida. José Luis, a ti te dejo todos mis bienes.

—¡No puede ser! —R. pegó tal puñetazo sobre la mesa que el holograma de su tía abuela quedó congelado— ¡Un gato no puede heredar, no tiene entidad jurídica! ¡Es sujeto pasivo de derecho, pero no activo!

El notario virtual se explicó sin torcer el gesto. Me temo que se equivoca, Señor humano. Margarita invirtió buena parte de su fortuna en financiar un proyecto para desarrollar y entrenar una inteligencia artificial auxiliar que permite a seres felinos como José Luis emular una inteligencia humanoide, yo mismo me he encargado de todas las verificaciones, por lo que puedo certificar que este gato, con ayuda de sus albaceas y tutores, tiene entidad jurídica plena para heredar y administrar los bienes que Margarita le ha legado.

—Miau —dijo José Luis, que hasta entonces no había abierto la boca. El notario digital tradujo el mensaje del felino.

—Dice José Luis que Margarita siempre se encargó de cuidarle hasta el mismo día de su eutanasia, así ha pensado que nadie mejor que su sobrino R. para cuidar de él de ahora en adelante.

—¿El gato me ofrece ser su mayordomo?

—Miau.

—Dice José Luis que lo que le ofrece es ser su humano. Piense que le pagarán muy bien por hacer lo mismo que su tía abuela hacía gratis, por amor a su gato: vivir con él, darle de comer, cambiar el arenero y hacerle compañía.

—Entiendo.

—Miau.

—Solo una cosa más, una pequeña manía, José Luis dice que le tiene fobia a la Roomba y a la aspiradora. Tuvo una mala experiencia de minino y le cogió miedo, así tendrá que barrer, fregar y pasar el cepillo del sofá con sus propias manos.

—Miau —dijo R.